

tra fatigado? Los unos van al pueblo, los otros a impresionar unas placas, el resto a charlar.

Un grupo de muchachos se acerca a nuestra tienda, ven la máquina fotográfica y corren asustados; ¡pobre juventud, salvaje está la de este tranquilo rincón!; es preciso guardar el aparato para que se acerquen de nuevo.

—¿Sabeis leer?

Su cabeza se mueve de un lado a otro respondiendo que no.

—¿Y no vais a la escuela?

Les demando de nuevo y el más vivo de todos responde:

—¿Y para qué?

Les damos algunas naranjas y no tratamos de inquirir más detalles; ¿para qué hacerlo, si nuestra alma ha de torturarse ante el aguafuerte horrible que se nos presenta?; pero al fin reímos al ver otro grupo de mozalbetes que jugando á los soldados llegan junto a nosotros y tratan de manejar nuestro fusil; tampoco sabrán leer, pero si el Maestro se acuerda algunos días de hablarlos de Patria, podrá sacarse de aquel pueblucho soldados toscos sin ilustración alguna, pero.... soldados, porque aquel grupo que corría cuando de retratarlos se trataba, vienen de prisa cuando un fusil se los enseña.

Como falta poco tiempo para emprender el regreso se levantan las tiendas, se destruyen los pabellones, y perfectamente equipados, nos dirigimos a la Plaza; desde ella se escuchan las notas de un piano de manubrio, y aquel pueblo en que su mayor parte ni leer sabe, se agita y baila a los compases del «couplet» antiguo que en las calles resuena.

Ya estamos formados, el silencio es grande; ya no se escucha el reír de la juventud, ni el tosco piano; ya las tiendas están desiertas, ya el pueblo recobra su tranquilidad habitual y las dos sonoras campanadas del reloj de torre del Ayuntamiento, se escuchan vibrantes.

La columna parte silenciosa del pueblo, y en tanto que no sale a la carretera no se escucha una voz. Pero ya estamos en ella, el día ha ido cubriéndose, las nubes nos amenazan, el aire se calma y el reír y gozar vuelve a sus lares.

Se escucha un trueno aislado, luego otro y otro y así muchos, y el agua cae a torrentes; nuestras polacas cambian de color, nuestros cuerpos se calan, ¿pero qué importa?, cantamos cada vez con más bríos, reímos a cada instante con más ganas, sin preocuparnos del temporal reinante.

¡Aguadora, agua! ¿Una pastita? ¿Un vasito de vino?, y las

pobres mujeres vocean cada vez con más fuerza su mercancía, sus chucherías, aquellos bocadillos, aquellos dulces; su ilusión es vender, y aunque ancianas, contagiadas sin duda de nuestro ardor, hacen frente a las inclemencias del tiempo y nos siguen, fatigadas, sudorosas, pero contentas.

Llegamos por fin al campamento, calados hasta los huesos pero conservando nuestro espíritu, satisfechos de nuestro proceder, gozosos de nuestra conducta, cantando himnos, riendo de placer, la jornada fué dura, pero se hizo; el tiempo pésimo, pero se luchó contra él.

Y después de romper filas, los alumnos se detienen, colocan su mano en el primer tiempo del saludo, pónense firmes, se contraen sus facciones en un gesto de tristeza a la par que en su mente se agrupan los recuerdos, las hazañas gloriosas, los hechos notables; es el pensar en los héroes, es el rezar por los muertos en campaña, en aquellos bravos que derramaron

su sangre generosa en el campo del honor, en aquellas trincheras de su hidalga España; es, en suma, la corneta que hace el silencio más profundo y respetuoso, lanzando al aire sus leves quejidos, que llevan al alma las tristes notas del toque de Oración.

J. DOMARCO.
Alumno de Inf.º

Un santuario español.

I

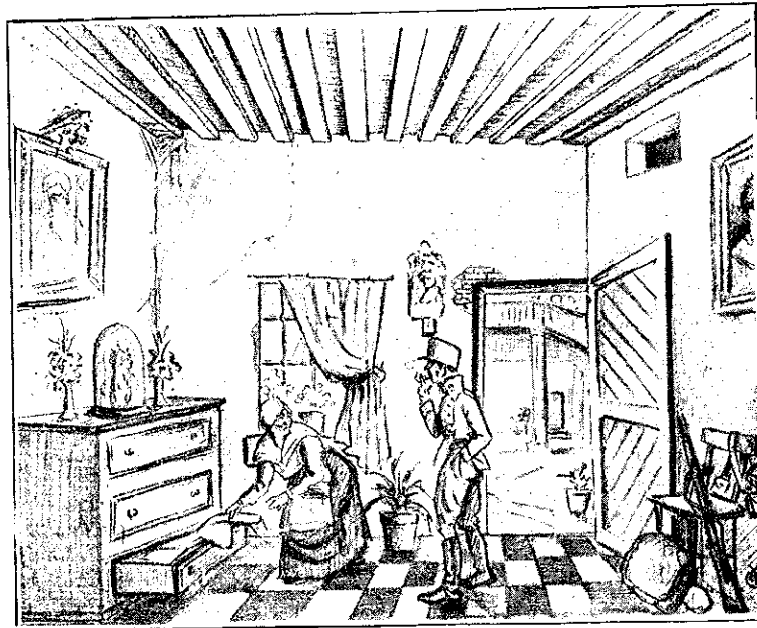
Quando la Academia de Infantería marchaba a pie y por jornadas camino de su primer campamento de Ballesteros,

sucedíome una, llamémosla aventura, que no puedo resistir a relatarla ahora, pues he de advertir que me conturbó hondamente.

Aquel día, y tras una penosa marcha, empapados de sudor y cubiertos de polvo, llegamos al pueblo de Sonseca; distribuidas que fueron las boletas de alojamiento, tres alumnos nos dirigimos al nuestro; le hallamos al final de una calleja de bardales que cercaban diminutas viviendas, esas humildes viviendas pueblerinas que encubren la carátula de su miseria con la alegre sonrisa de la cal; tras unos golpes dados en la puerta con la culata del fusil penetramos en el patio, estrecho, enjalbegado y lleno de macetas en flor; dos jilgueros parlaban, quién sabe qué consejas tras los finos barrotes de su jaula; una parra entoldaba la puerta, mezclándose en un bello desorden con las trepadoras pasionarias que ornaban el alero con el encanto de sus flores. Había allí un ambiente de paz que adormecía los sentidos y suspendía el ánimo; apenas hubimos entrado, una viejecilla macilenta y menuda salió de la vivienda.

Era una de esas rústicas mujeres, envejecidas, más por el dolor que por los años vividos, viejos y rugosos troncos que en los ignorados rincones campesinos esperan los últimos cierzos, tostados por el sol y embriagados de azul.

Su franca afabilidad nos demostró que nuestra presencia



.....y me mostró las ropas domingueras del mozo, aromadas de membrillos.....